

## LA TRAÍDA DE LAS AGUAS POTABLES A CUEVAS DEL ALMANZORA. LA TRANSCENDENCIA DE UNA OBRA

ENRIQUE FERNÁNDEZ BOLEA  
*Licenciado en Filología Románica*

Desde que en 1838, Miguel Soler Molina diese satisfacción a sus desvelos descubriendo el mítico filón del Jaroso, la pequeña y desconocida villa de Las Cuevas había disfrutado de un período de progreso económico sin precedentes. La *Sociedad Minera Carmen y Consortes*, creada de inmediato para arrancar su riqueza a la sierra de Montroy, supuso el origen de una auténtica revolución mercantil que cambió el destino de numerosas familias cuevanas y de la Axarquía<sup>1</sup>, que vieron como sus arcas acumulaban vertiginosamente y de manera inesperada el producto de la comercialización de la rica plata. Pero los beneficios, aún con ser muy sustanciosos, no repercutían en el bienestar general de la población, antes al contrario servían para acrecentar las diferencias sociales entre mineros y hacendados ricos y una amplia mayoría de desheredados que, a duras penas, lograban sobrevivir con sus jornales de miseria.

Desde aquel descubrimiento, mítico y renombrado, Cuevas había crecido en población, en fama<sup>2</sup> e, incluso, en extensión. Su aspecto urbano había ido transformándose a medida que los nuevos capitalistas decidían invertir una parte de sus fortunas en lujo y suntuosidad, sembrando de palacetes y casas solariegas el centro de la villa, y embelleciendo después algunos espacios que, como plazas, paseos y jardines, contribuían a su solaz en momentos de ocio y esparcimiento. Ahora bien, cada cual miraba por sus intereses y bienestar, lo que impedía dar respuesta eficiente a necesidades básicas largamente demandadas por la población en general, pero que habrían beneficiado particularmente a los pudientes si se hubiesen acometido con anterioridad. Una de estas

demandas era, sin duda, el abastecimiento de aguas potables, asunto transcendental—como ellos mismos decían— para el progreso de los pueblos, pues “*no hay salubridad, higiene, limpieza ni policía alguna, sin el agua tan indispensable para la existencia, y estimada como de provecho privado en el beneficio y en la economía*”<sup>3</sup>.

Hasta el 24 de junio de 1882, fecha en que comienzan los actos de celebración por el fin de las obras, Cuevas había saciado su sed bebiendo las aguas que manaban de unas cuantas fuentes (Fuente Álamo, El Zorzo, El Pozo de Orillas, El Piojo, etc.) localizadas todas ellas en la periferia de la población, algunas a más de cinco kilómetros de la misma. A ellas acudían a diario unos profesionales del porteo del líquido elemento a quienes todos conocían con el nombre de aguadores<sup>4</sup>, ocupados en trasladar sus cargas desde el lugar de abastecimiento hasta el núcleo urbano. Ésta era la popularmente conocida como *agua buena*<sup>5</sup>, empleada por los locales con exclusividad para beber y cocinar, ya que contenía menos cantidad de cal y, por tanto, se consideraba más refinada y agradable al paladar. En contraposición, los cuevanos de entonces llamaban *agua mala* a aquella que era recogida de pozos y acequias de riego, y que se empleaba para el resto de los usos domésticos así como para la higiene personal. Como se puede suponer, el precio de la carga, que almacenaba aproximadamente 40 litros, dependía de la calidad del agua que contuviese, oscilando entre los cuatro reales que se pagaban por una carga de agua de fuente y el medio real abonado cuando ésta procedía de una acequia o del mismísimo río Almanzora.

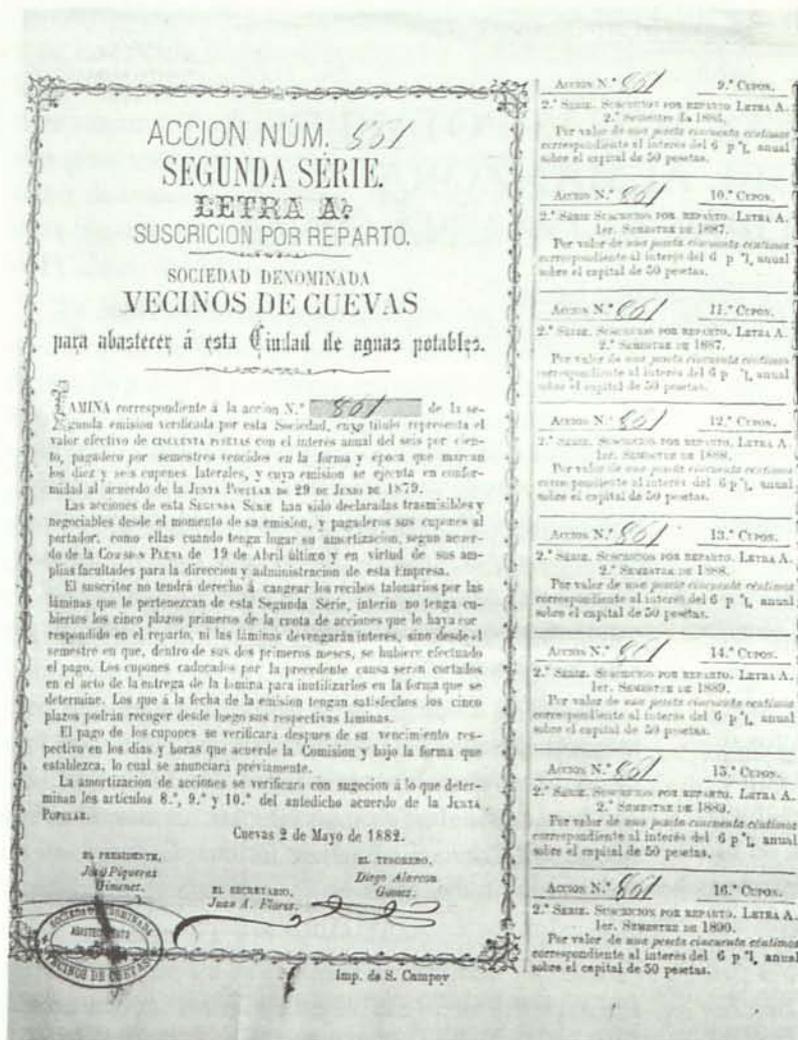
<sup>1</sup> Recordemos la figura de Ramón Orozco, veratense que con la *Sociedad Observación* se convirtió en el capitalista más influyente de la Almería de la segunda mitad del XIX.

<sup>2</sup> Las sociedades mineras que explotaban las “*minas ricas*” del Jaroso eran muy conocidas en los mercados bursátiles nacionales e internacionales.

<sup>3</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 288, 1 de febrero de 1880.

<sup>4</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Cuevas del Almanzora hace un siglo*. El autor realiza una descripción detallada de la labor cotidiana de estos porteadores de agua.

<sup>5</sup> Enrique Siret y Cels emplea el término, tomado del decir popular, en *El Minero de Almagrera*, num. 238, 12 de diciembre de 1880.



1. Acción emitida por la "Sociedad de Vecinos de Cuevas" el 19 de abril de 1882, perteneciente a la segunda serie (Col. del autor).

Así las cosas, y como no podía ser de otra manera, cada cual consumía según sus posibilidades económicas. Es decir, mientras que las clases más humildes debían contentarse con apagar su sed consumiendo un agua de pésima calidad<sup>6</sup> y salubridad, pues no podían permitirse otros lujos, las clases acomodadas se saciaban con el *agua buena*. Hasta en un consumo básico, Cuevas volvía a mostrar el abismo que separaba a unos de otros.

Pero es que además, el abastecimiento no siempre estaba garantizado. El clima de la Axarquía se caracterizaba y se sigue caracterizando por sorprendernos con períodos de sequía severos y prolongados. Esta circunstancia tenía una influencia directa

<sup>6</sup> Según el Libro de Contabilidad de la mina Bolefín y Paca, un picador, de los muchos que abundaban en la Cuevas minera de 1880, ganaba al día, como máximo, nueve reales, lo cual le hacía prohibitivo acceder a una carga de *agua buena*, cuyo precio ascendía a cuatro reales, casi la mitad de su jornal.

sobre el aporte hídrico de fuentes, acequias y pozos, que restringían considerablemente su caudal coincidiendo con este tipo de adversidades climáticas, lo que limitaba el trabajo de los aguadores incidiendo negativamente en el abastecimiento diario del núcleo urbano, pues, mientras ellos empleaban más tiempo en llenar sus cargas, la demanda, debido al calor, no cesaba de aumentar. Esto provocaba que, debido a la escasez, surgieran escenas lamentables de tensión social, como así lo recoge *El Minero de Almagrera* en varias ocasiones: "Los muchos aguadores dedicados a surtir a la población de tan indispensable líquido no eran suficientes para atender todas las necesidades; así es, que hemos visto salir a las entradas de la población a muchas personas, que al encontrarse con los aguadores les arrebatában los cántaros, entablándose cuestiones en las que más de una vez tuvo que intervenir la Autoridad"<sup>7</sup>.

En definitiva, los inconvenientes afloraban por doquier, hasta el punto de crear situaciones sociales de insostenible tensión. Además, el gasto que suponía para todos los cuevanos, ricos y pobres, era muy elevado. Había que responder, por tanto, con soluciones, y aunque las clases pudientes esperaron infructuosamente durante décadas una inversión pública que acercase el agua al ciudadano, terminaron por convencerse de que si algo querían, lo tendrían que llevar a cabo con su propio esfuerzo y financiación.

### LA COMPRA DEL MANANTIAL DE LA BALLABONA.

Sin embargo, durante los últimos 40 años no todo había sido desidia y despreocupación con respecto a los problemas de desabastecimiento que sufría Cuevas. Las escasas iniciativas tanto públicas como privadas siempre chocaron con la ausencia, en el término del municipio, de veneros que respondieran a dos exigencias fundamentales: abundancia de agua y mediana calidad de la misma. Se llegó a realizar, incluso, alguna que otra prospección en busca del mila-

<sup>7</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 328, 12 de diciembre de 1880.

groso manantial<sup>8</sup>, con resultados infructuosos en todos los casos.

No obstante, a medida que el tiempo pasaba, la preocupación crecía, ya que la población cuevana se había multiplicado por tres en las últimas décadas y amenazaba con seguir aumentando al amparo de la actividad minera e industrial de sierra Almagrera. Concretamente, el núcleo urbano de Cuevas superaba, según el censo de 1880, los 10000 habitantes, y tal concentración humana comenzaba a poner en duda las posibilidades de un completo abastecimiento.

De poco halagüeña podía considerarse la situación a la que había llegado la villa, incapaz de encontrar una solución efectiva a un padecimiento que prometía prolongarse indefinidamente. Y ya cuando las esperanzas se agotaban, se propagó la noticia del descubrimiento de un rico venero de agua de óptima calidad en el paraje de la Ballabona, perteneciente al término municipal de Antas<sup>9</sup>. La propiedad del manantial era de José López Martínez y con él se iniciaron rápidamente las pertinentes negociaciones para su adquisición. Parece ser que el comienzo de esas negociaciones se produjo a principios de 1875, cuando, enterada del providencial hallazgo, una delegación de personas relevantes de Cuevas que estaba encabezada por su alcalde Rodrigo Segura Alarcón, al que escoltaban, entre otros, Antonio Bernabé y Lentisco, director de *El Minero de Almagrera*, y Antonio de Falces, ingeniero muy vinculado al Ayuntamiento por haber dirigido algunas de las últimas reformas urbanas, se presentó en el paraje del descubrimiento y propuso a su propietario la compra del manantial. Aquél, después de un primer momento de vacilación, decidió su venta y, conociendo la perentoria necesidad que tenía Cuevas de abastecimiento, fijó en 1000 onzas de oro la abusiva cantidad que el Municipio le debería abonar.

Muy pronto se propagó la buena nueva entre los cuevanos que, decididos a dar una solución definitiva al problema, se reunieron el 4 de julio de 1875 en los bajos del edificio que después ocupó el colegio Ntra. Señora del Carmen "y por unanimidad se acordó se comprasen las aguas en la cantidad ya dicha; y para buscar la forma en que debía pagarse tan gruesa cantidad, manera y medios indispensables para la conducción al pueblo y demás particulares relacionados con este asunto, se nombró una comi-



EL HÉROE DE LA CARIDAD

2. José María Muñoz y Bajo de Menjibar, vocal de la Junta Gestora de la sociedad de Vecinos de Cuevas. Fue el encargado de inaugurar los trabajos para la traída de las aguas potables el 13 de diciembre de 1879 (Col. del autor).

sión de personas respetables y entendidas"<sup>10</sup>. Claro está que, si bien resultaba necesario nombrar una comisión que coordinase los esfuerzos de todo tipo que esta empresa exigía, se hacía igualmente precisa una inversión inicial y urgente de dinero que no podía provenir más que de las arcas municipales. De ahí que en el presupuesto del ejercicio económico de 1875-1876 se consignen, dentro de la partida destinada a obras públicas, 78274 pesetas para "la conducción de aguas potables a esta localidad"<sup>11</sup>. No obstante, como la Comisión, que desde su nombramiento había llevado una actividad frenética, había acordado con el propietario distribuir una cantidad tan elevada en varios plazos, debemos suponer que aquella partida presupuestaria sirvió para satisfacer el primero de los mismos. Si a esto unimos que los presupuestos de los años posteriores, hasta el comienzo de las obras del acueducto, no contemplan ni una

<sup>8</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Op. cit.*, p. 205

<sup>9</sup> HERGUIDO, Carlos: *Apuntes y documentos sobre Enrique y Luis Siret. Arqueólogos e ingenieros*, p. 40.

<sup>10</sup> *El Minero de Almagrera*, nums. 1288-1289, 16 diciembre 1900.

<sup>11</sup> Archivo Municipal de Cuevas del Almanzora: *Libro de Cuentas 1875-1898*.



3. Acueducto situado en el paraje de El Zorzo, por donde transcurre la tubería que proviene del manantial de la Ballabona (Foto autor)

sola peseta por tal concepto<sup>12</sup>, podríamos admitir la posibilidad de que la diferencia adeudada, correspondiente a los plazos siguientes, fuese asumida por aquel grupo de capitalistas que, al poco tiempo engendrarían la *Sociedad de Vecinos de Cuevas para abastecer a esta Ciudad de Aguas Potables*.

Sea como fuere, el venero de la Ballabona pasó a manos de los cuevanos y con él se garantizó el suministro abundante de agua para todos los usos domésticos. El caudal del mismo en 24 horas ascendía a 231.840 litros<sup>13</sup>, lo que equivalía a 5.796 cargas de aquellas que los aguadores transportaban desde las fuentes cercanas, cantidad que superaba con creces las necesidades diarias de la población cuevana.

### CREACIÓN DE LA SOCIEDAD DE VECINOS DE CUEVAS

Si las suposiciones hasta aquí argumentadas son ciertas, es decir si aquella importante suma de dinero presupuestada por el Ayuntamiento fue en verdad destinada a la adquisición del manantial de la

Ballabona, cabría pensar que los prohombres de Cuevas se apresuraron muy poco en solventar inconveniente tan dramático y acuciante. Nada más lejos de la realidad; la Comisión que salió de aquella primera asamblea ciudadana continuó trabajando incansablemente, volviéndose a reunir pocas semanas después en el teatro Ayala. Fue entonces cuando se presentó por primera vez el proyecto de constituir una sociedad que tomaría el nombre de *Vecinos de Cuevas* y se ocuparía de todos los pormenores encaminados a dotar de aguas potables a la localidad. Así estaban las cosas, cuando Segura Alarcón, promotor incondicional del proyecto, es sustituido en la alcaldía por Diego Alarcón Gómez; a partir de ese momento "*el Ayuntamiento de su presidencia, por no ver con bastante claridad el asunto o por estar mal aconsejado, negó su apoyo moral y material a la Sociedad de Vecinos de Cuevas*"<sup>14</sup>. Esta fue la causa de que transcurrieran aproximadamente cuatro años hasta la reorganización definitiva de la Junta Gestora, el 29 de junio de 1879. Sin embargo, durante ese dilatado período de tiempo —marcado por una inactividad dominante— la clase pudiente local pudo iniciar los estudios dirigidos a la financiación de tan imprescindible obra pública. El coste de los trabajos de con-

<sup>12</sup> Archivo Municipal de Cuevas del Almanzora: *Libro de Cuentas 1875-1898*. Examinados los presupuestos correspondientes a 1876-77, 1877-78 y 1878-79.

<sup>13</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 328, 12 de diciembre de 1880. Artículo titulado "Aguas potables" y firmado por Enrique Siret.

<sup>14</sup> *El Minero de Almagrera*, nums. 1288-1289, 16 de diciembre de 1900.

ducción hasta la ciudad ascenderían, según las estimaciones, a 250,000 pesetas de la época. Si tenemos en cuenta que los presupuestos anuales barajados por el Ayuntamiento durante el intervalo de 1875 a 1890 arrojaban una media de unas 115000 pesetas por curso económico, comprenderemos sin esfuerzo que, de ningún modo, la institución municipal podía hacer frente a tamaña inversión. Ello empujó a los enriquecidos mineros a aunar esfuerzos y aportaciones económicas en torno a una sociedad que buscara la financiación de las obras a través de la emisión de participaciones; es decir, se trataría de unas aportaciones que los propios miembros adelantarían mediante compra de acciones para luego recuperarlas, con los consiguientes intereses acordados con antelación, aumentadas cuando comenzase la comercialización del agua.

De esta forma, se reúne la *Sociedad de Vecinos de Cuevas* que, presidida por el entonces alcalde José Piqueras Giménez, estaba constituida por tres vocalías: José M<sup>o</sup> Muñoz y Bajo de Menjibar, Rodrigo Segura Alarcón y Francisco Bravo Alarcón<sup>15</sup>. La *Sociedad*, además, integraba a todos los vecinos considerados como adinerados, la mayoría de ellos propietarios y accionistas de minas, entre los que se repartiría, de forma adecuada a las posibilidades económicas de cada uno, la primera emisión de acciones lanzada por la empresa<sup>16</sup>. En cuanto a la fecha de emisión de esta primera serie, nada sabemos con certeza, aunque sea posible aproximarla tomando como referencia la información vertida por *El Minero de Almagrera* que, en su número de 1<sup>o</sup> de febrero de 1880, se lamenta de lo siguiente: “*Hecha la clasificación y reparto de las acciones, y siendo la aceptación por parte de los interesados que han de contribuir un acto contra el que no puede la administración pública ejercer acción coercitiva alguna, en la forma prudente y conciliadora que la cuestión está planteada, sino que su éxito es la resultante del desinterés y patriotismo de los vecinos de Cuevas, ¿por qué no se circulan inmediatamente las obligaciones para que se acepten y se firmen; se coloque este negocio en su verdadera posición y se conozca quién es el que quiere agua para la población y el que rehúsa la satisfacción de una de sus primeras y más urgentísimas necesidades?*” La dejación, por parte de muchos de estos patricios comprometidos con la cau-

sa común de dotar de aguas potables a la población, terminó convirtiéndose en una constante, pues una cosa era anunciar públicamente un compromiso social del que resultaba muy difícil desligarse y otra bien distinta traducir el empeño en una aportación económica sin retorno, ya que no todos confiaban en la futura rentabilidad de la empresa.

El argumento más utilizado para justificar la demora en el pago de las cuotas se centraba en alegar que los aportes del manantial de la Ballabona no eran suficientes para abastecer a la ciudad. El rumor, aireado por *muchas personas eminentes y de buena fe*, se generalizó de tal modo entre la población que uno de los artífices del proyecto y director de las obras de conducción que se estaban llevando a cabo, Enrique Siret, tuvo que salir al paso de la polémica mediante la publicación de un breve artículo en *El Minero de Almagrera*, en el que demostraba con datos suficientemente contrastados la falsedad de los rumores<sup>17</sup>.

Un capítulo especial en la formación de la *Sociedad* lo constituye la entrada en la misma de un grupo de industriales mineros que se vieron severamente afectados por la catastrófica riada de octubre de 1879. Poseían éstos numerosos lavaderos y almacenes de mineral en la ribera de la rambla de Mulería cuando se produjo la inundación. Con el fin de paliar los perjuicios sufridos, la Junta de Socorro adjudicó a los damnificados 50,000 pesetas. Pues bien, el hecho fue que aquella cantidad se ingresó en la tesorería de la *Sociedad de Vecinos* con el beneplácito de los afectados, “*a quienes se dio láminas representativas de sus respectivas cuotas, con cualidad de preferentes sobre cualquier otro crédito para su cobro íntegro e interés, entre tanto, de 6 por 100 anual*”<sup>18</sup>. De esta forma, los industriales de Mulería se distinguieron del resto de los accionistas en que adelantaban por completo su capital, sin atenerse como los demás al pago fraccionado por cupones, lo que, sin duda, benefició en grado sumo a la empresa, que tan necesitada se hallaba de abultadas cantidades en metálico para afrontar los gastos de construcción del acueducto.

Lo cierto es que el reiterado incumplimiento de muchos de los accionistas de la *Sociedad* estuvo a punto de truncar en varias ocasiones el ambicioso proyecto, ya que las obras iniciadas necesitaban de una inyección continua de capital que no se recauda-

<sup>15</sup> Alcalde constitucional de Cuevas cuando se concluyeron las obras para la traída de las aguas potables.

<sup>16</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Op. cit.* Habla de un lote de 11,000 acciones de 25 pesetas, con cuyo reparto se obtenía de entrada un capital de 275,000 pesetas.

<sup>17</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 328, 12 de diciembre de 1880.

<sup>18</sup> *El Minero de Almagrera*, nums. 1288-1289, 16 de diciembre de 1900.



4. Los hermanos Siret fueron los artífices tanto del proyecto para la traída de las aguas como del de la construcción del Depósito (Col. Juan Grima).

ba mediante el sistema primeramente arbitrado. Por esta razón, la Junta Gestora tuvo que recurrir en más de una ocasión al desprendimiento de grandes capitalistas locales que, como Antonio Abellán Peñuela, marqués del Almanzora, o Manuel Soler, propietario de minas y hacendado, adelantaron considerables sumas para hacer frente al estado deficitario de la empresa<sup>19</sup>. Este grave inconveniente —la falta absoluta de liquidez— pudo también conducir a la emisión, mediante acuerdo adoptado por su Comisión Plena el 19 de abril de 1882, a dos meses escasos de la finalización de las obras, de una segunda serie de acciones que sirviese, partiendo de las experiencias previas, para poner orden en el desconcierto que había provocado la primera emisión. De esta manera, se podría ahora prescindir de los morosos y contar con todos aquellos que estuvieran dispuestos a abonar con puntualidad las cuotas de acción, según el

pliego de condiciones aprobado por la misma Comisión que detallaba escrupulosamente los futuros precios de la venta del agua, el proceso de reparto y abono de acciones, y el interés generado por el capital invertido. El precio de cada acción ascendía a 50 pesetas, cuyo pago no se realizaba de una sola vez, sino que se repartía en 16 cupones que se abonarían semestralmente desde junio de 1882 hasta el mismo mes de 1890, con un beneficio del 6% anual sobre el capital inicial aportado.

Pero con esta segunda emisión ocurrió algo parecido a lo que había acontecido en la primera y, de nuevo, *El Minero de Almagrera* vuelve a hacerse eco de la actitud poco responsable de una parte del accionariado: «Próximamente se han invertido ya 333397 pesetas; y se han exigido los cinco primeros plazos (es decir los correspondientes a los semestres contenidos en el período que va desde enero de 1880 a junio de 1882) que deben satisfacer los accionistas que ascienden a 275000 pesetas, que no ha sido posible recaudar y de las que hay alguno que estando en posición desahogada, no

se ruborizan de no haber satisfecho ni un solo plazo de los que se demandaban a su interés y a su patriotismo»<sup>20</sup>.

Una vez más hubo que afrontar la falta de liquidez con otras aportaciones que en esta ocasión fueron anticipadas por los socios promotores, los cuales veían como su proyecto, por el que llevaban peleando varios años, no terminaba de fraguarse. Incluso el Ayuntamiento, preocupado por un posible retraso o paralización de las obras de conducción en curso, optó por inyectar 100000 pesetas a la *Sociedad*<sup>21</sup>. Sin embargo, ni siquiera estos anticipos extraordinarios lograban solventar la penuria que arrastraba la empresa, puesto que al reiterado incumplimiento de una mayoría de accionistas morosos, se sumaron las pérdidas acumuladas durante los dos primeros años de la venta del agua. Esta peculiar *Sociedad*, asfixiada por la obligación contraída con los accio-

<sup>19</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 288, 1 de febrero de 1880.

<sup>20</sup> *El Minero de Almagrera*, num. 404, 21 de junio de 1882.

<sup>21</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Op. cit.*, p.209.

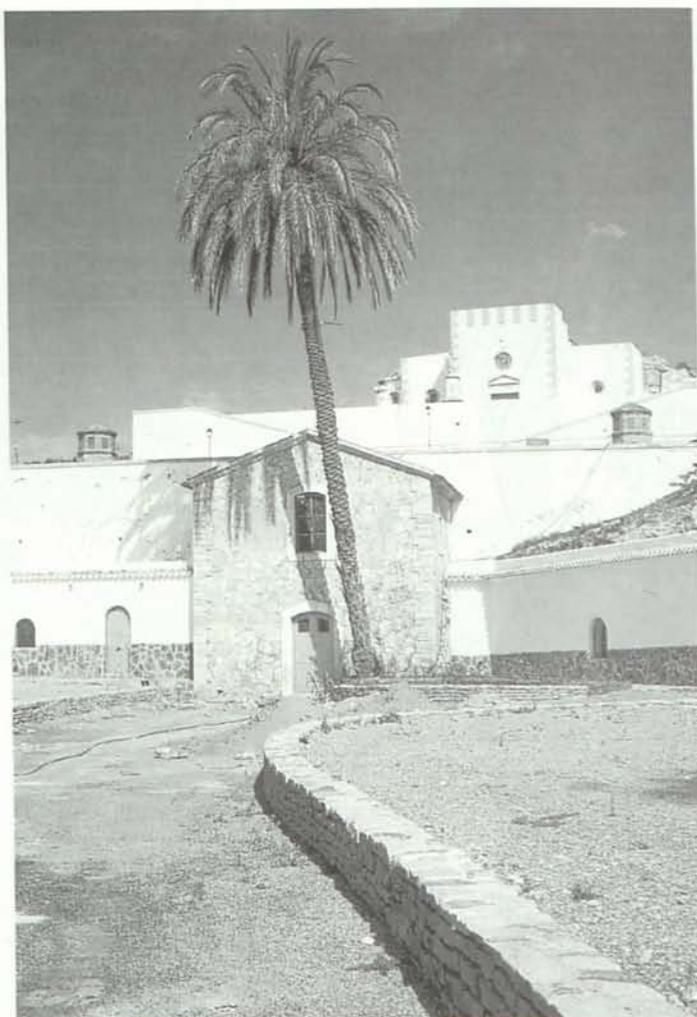
nistas en lo referente al pago de intereses y teniendo que devolver las sumas anticipadas por particulares y Municipio, terminó cediendo, tres años después de la inauguración, la administración del agua y la deuda acumulada al Ayuntamiento de la ciudad.

## LAS OBRAS DEL ACUEDUCTO

Cuando Enrique Siret llegó a Cuevas en noviembre de 1878, lo acompañaba el también ingeniero belga Antonio Petre. Ambos fueron contratados por la *Compagnie Minière de la Province d'Almeria*, sociedad de nacionalidad francesa que por aquellos años se ocupaba de los trabajos del desagüe general de sierra Almagrera. Poco después, en abril de 1879, nos encontramos con que los recién llegados acaban de inaugurar en Cuevas un laboratorio de análisis de minerales.

Buena acogida social y profesional tuvieron estos dos jóvenes ingenieros, ya que a finales de 1879 la *Sociedad de Vecinos* decide confiarles los trabajos de estudio y proyecto para la traída de las aguas desde el manantial de la Ballabona. Y trabajaron apresuradamente, porque el 13 de diciembre de aquel mismo año tuvo lugar la inauguración oficial de las labores para tan ansiado fin, como así lo refleja *El Minero de Almagrera*, transcribiendo en su integridad el acta que sobre aquel acontecimiento levantó el notario Diego Miguel de Campoy. Este detallado documento describe los pormenores y hace mención de los personajes —lo más granado de la sociedad cuevana del momento— que se dieron cita en tan irreplicable ocasión: "(...) Después y precedido de una numerosa brigada de operarios con sus respectivas herramientas, a cuya cabeza se encontraban los Ingenieros Directores D. Enrique Siret y D. Antonio Petre, apareció el héroe de la Caridad Excmo. Sr. D. José María Muñoz..."<sup>22</sup>. Fue éste último, el que piqueta en mano dio los tres golpes de rigor, dando así por inaugurados los trabajos que, según el parecer de la época, animarían definitivamente el progreso y el bienestar de Cuevas.

El contrato firmado por los dos ingenieros establecía una cantidad de 15000 pesetas de sueldo hasta la finalización de la obra<sup>23</sup>. Elevado peculio en el



5. Acceso al Depósito del agua. Al fondo la Ermita del Calvario (Foto del autor).

que se incluía el proyecto que ambos ingenieros habían realizado, el cual preveía con minuciosidad todos los inconvenientes derivados de trasladar las aguas desde un manantial que se encontraba a 11 kilómetros de distancia. Por esta razón, tras llevar a cabo los trabajos de adecuación del nacimiento, ampliando su aporte hídrico mediante la prolongación de las galerías, se procedió a la acomodación del terreno que, en la distancia recorrida, presentaba tramos en extremo accidentados. Así, entre los meses de mayo y julio de 1881 se perforarán los túneles precisos y se excavarán las zanjas necesarias para aposentar con garantías el nuevo acueducto. Precisamente, una vez concluidos estos trabajos, en agosto de 1881, Antonio Petre abandona Cuevas para instalarse de forma definitiva en Bélgica<sup>24</sup>.

Entre tanto, Luis Siret, que había finalizado sus estudios de ingeniería en las Escuelas Especiales de

<sup>22</sup> *El Minero de Almagrera*, núm. 286, 1 de enero de 1880.

<sup>23</sup> HERGUIDO, Carlos: *Op. cit.* Información extraída de las "Memoires de Enrique Siret".

<sup>24</sup> HERGUIDO, Carlos: *Op. cit.* Información extraída de las "Memoires de Enrique Siret".



6. Uno de los arcos vegetales que se instalaron en las principales calles de Cuevas con motivo de los actos de inauguración. Éste, en concreto, se levantó frente a la Iglesia de la Encarnación, al principio de la calle de El Pilar.  
(Foto gentileza Familia Soler bernabé).

Lovaina, acompaña a su hermano Enrique a Cuevas, a la vuelta de unas vacaciones de éste en Bélgica<sup>25</sup>. De inmediato lo vemos compartiendo las tareas de dirección de las obras del acueducto, al que restaba una de las operaciones más delicadas. En efecto, había que elegir una tubería de alta resistencia, dada la dilatada distancia que debía atravesar, y de amplia capacidad, pues resultaba ineludible prever la de-

<sup>25</sup> HERGUIDO, Carlos: *Op. cit.* Información extraída de las "Memoires de Enrique Siret".

manda de agua que una ciudad como Cuevas, en continuo crecimiento demográfico, podría presentar en un futuro no muy lejano. Teniendo en cuenta el informe técnico que elaboraron los hermanos Siret, la Junta Gestora encargó al industrial Pablo Colson<sup>26</sup> que iniciara urgentemente la contratación de 11,000 metros de tubería en hierro fundido, de 15 centímetros de diámetro. La adquisición se hizo en Bélgica e Inglaterra, países que según el propio informe de los ingenieros, ofrecían las mayores garantías de calidad en cuanto a la fabricación de este tipo de materiales. Por otro lado, la elección del diámetro obedecía sencillamente a que este permitiría, cuando las circunstancias así lo requiriesen, trasladar un volumen de agua cuatro veces superior al que llegaría a la población en el momento de la finalización de las obras. Hay que decir que los trabajos para la colocación de la tubería se realizaron a un ritmo vertiginoso, desarrollándose entre febrero y abril de 1882.

Concluida la obra del acueducto, quisieron los ingenieros someterla a una primera prueba que se llevó a cabo, de manera extraoficial, el 15 de mayo de 1882. El resulta-

do fue todo un éxito, ya que las aguas recorrieron el trayecto desde el manantial sin que se produjese fuga alguna en la cañería. Sin embargo, aunque los Siret pretendieron por todos los medios acometer la operación con absoluto sigilo, comunicando sus intenciones sólo a la Junta Gestora, hubo quien propagó la noticia y, lo que en principio fue pensado como un

<sup>26</sup> SÁNCHEZ PICÓN, Andrés: *La minería en el levante almeriense 1838-1930*. Pablo Colson fue el constructor y mantenedor del primer desagüe de Almagrera, ubicado en el barranco Jaroso en 1852. La máquina del desagüe fue fabricada en Bélgica.

secreto ejercicio de comprobación técnica, se convirtió en una muestra de algarabía popular sin precedentes, dado el número de ciudadanos que se concentró en torno al paraje de El Calvario<sup>27</sup>.

Del regocijo general que se respiraba en Cuevas durante los días previos a la inauguración da buena cuenta la prensa local del momento. Pero faltaba el elemento esencial para distribuir el agua entre los cuevanos: la fuente de ocho grifos que debía instalarse en la plaza de Isabel II. Esta gran pila de mármol llegó, después de varios retrasos, el 4 de junio, sirviendo de colofón a unos trabajos que se habían prolongado durante dos años y medio.

## LOS ACTOS DE INAUGURACIÓN

El sueño terminó convirtiéndose en realidad. A partir de ahora las gentes de Cuevas podían olvidarse de la desafortunada distinción entre *agua buena* y *agua mala*; desde el 24 de junio de 1882, fecha elegida para la inauguración de la traída de las aguas potables, todos comenzarían a disfrutar del elemento de manera abundante, a un precio mucho más asequible a la economía de los desfavorecidos y en mejores condiciones de salubridad. Se trataba, en fin, de un logro social sin parangón en la historia reciente de la localidad y el hecho merecía ser celebrado.

A ello se pusieron con celeridad el Municipio y la *Sociedad de Vecinos*. De ambas surgió una Comisión, presidida por Francisco Bravo Alarcón, alcalde de la localidad en aquellos momentos, y José Piqueras Giménez, presidente de la Junta Gestora. Se decretaron entonces seis días de fiesta que, repartidos entre el 24 y el 29 de junio, fueron rellenados mediante la elaboración de un apretado programa en el que se incluyeron todo tipo de actos lúdicos e institucionales.

La población, volcada y borracha de entusiasmo, engalanó edificios públicos y privados con banderas y colgaduras. Calles y plazas céntricas se vieron ornamentadas con arcos alegóricos levantados por los distintos gremios y sociedades de la ciudad. Para la ocasión, se construyeron varias fuentes y surtidores en las plazas de la Constitución y Valparaíso, así como un gran obelisco en la de Isabel II. Es decir, Cuevas quería mostrar sus mejores galas cuando a las 10 de la mañana del día 24 se dejaran correr las aguas.

A lo largo de aquellos días, se celebraron procesiones cívicas en las que desfilaron las distintas hermandades gremiales afincadas en la ciudad. Hubo recepciones de autoridades civiles y religiosas que vinieron de la capital para asistir a los actos. Tampoco faltaron los banquetes, ni las corridas de toros en la plaza de la Constitución ni las representaciones teatrales en el viejo teatro Ayala. Los conciertos y pasacalles de la banda de música animaron constantemente los días y las noches de aquellas fechas de júbilo. El Círculo Literario y Artístico, la Sociedad de Amigos del País, la Sociedad de Industriales Mineros y el resto de las sociedades cuevanas salpicaron de conferencias y solemnidades el programa festivo. Nadie, absolutamente nadie, quiso quedarse al margen del ambiente de entusiasmo colectivo que se vivió durante aquellas jornadas<sup>28</sup>.

En la memoria queda que, coincidiendo con aquel período festivo, se procedió, el día 26, a la colocación de la primera piedra de lo que con el tiempo se convertiría en el magnífico puente metálico sobre el río Almanzora.

## CONSTRUCCIÓN DEL DEPÓSITO

De aquellos fastos, de aquella expresión multitudinaria de júbilo, se pasó en poco tiempo a un breve período de relajación, casi de despreocupación, si consideramos que aún faltaba por acometer la gran obra que asegurase el abastecimiento permanente de agua. Pues no hay que olvidar que el suministro no estaba en absoluto garantizado, ya que cualquier avería en la tubería de conducción podía tener consecuencias imprevisibles sobre el abastecimiento de la ciudad. Se hacía indispensable, por tanto, la construcción de un depósito con capacidad suficiente para responder a cualquier eventualidad.

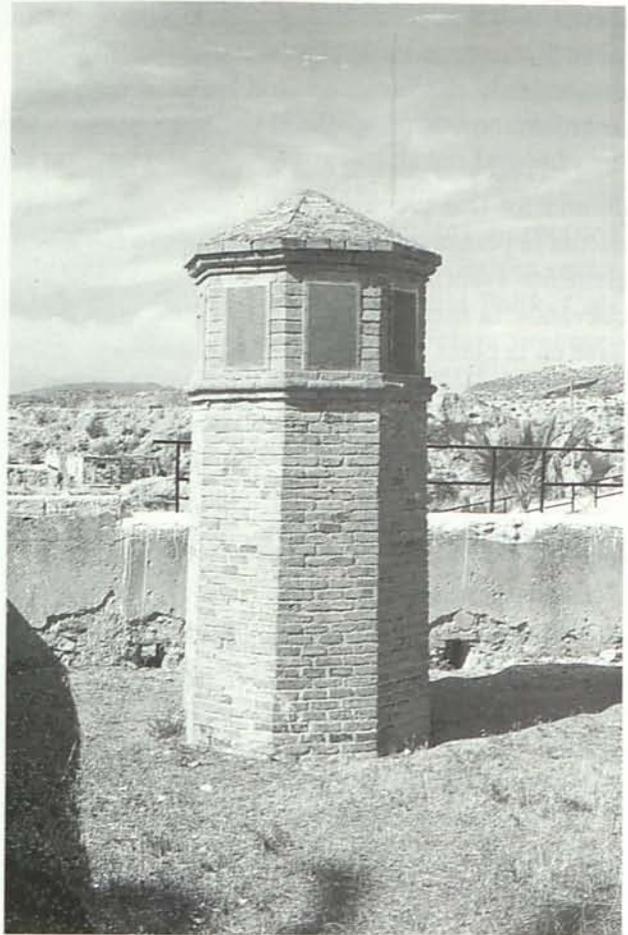
En realidad la construcción de esta infraestructura ya había sido contemplada como una necesidad por la *Sociedad de Vecinos* cuando se iniciaron las labores de conducción, sin embargo su realización no fue incluida en el estudio que Siret y Petre redactaron a finales de 1879. Lo que sí parece claro es que la Junta Gestora se ocupó, allá por julio de 1882, de licitar las labores de excavación y desmonte del lugar en el que estaba previsto ubicar el depósito, o al menos esto es lo que puede desprenderse de la información vertida por *El Minero* en su número del 9 de

<sup>27</sup> *El Minero de Almagrera*, núm. 399, 17 de mayo de 1882.

<sup>28</sup> *El Minero de Almagrera*, núm.403, 19 de junio de 1882, y núms. 405-406, 9 de julio de 1882.

noviembre de aquel año: “*Los trabajos de excavación (...) están casi paralizados desde hace unos días. Poco es lo que queda por extraer, pero al paso que van los contratistas no se terminará en este año. Llamamos la atención de la Junta sobre este interesante asunto*”. Como vemos, el medio escrito exige inspección y control sobre un posible incumplimiento de los plazos, y se lo solicita a la Junta Gestora como única responsable que, además, debía velar por la buena marcha de las obras. Y es que efectivamente las labores de desmonte y excavación se le habían adjudicado al *partidario destajista* Fernando Ruiz Fernández<sup>29</sup>, al que se sometía a un riguroso, cuando no abusivo, pliego de condiciones, sobre todo en lo referente a al plazo de tiempo estipulado para la conclusión de la obras: se fijaban 90 días a contar desde el 19 de julio de 1882, previéndose una multa de 200 reales por cada jornada que excediese de ese período establecido. No nos puede extrañar, pues, que aquel temerario contratista, después de comprobar que no era capaz de afrontar con puntualidad el compromiso adquirido, decidiese abandonar antes que hacer frente a las multas que se le venían encima. Al final, el Ayuntamiento se vio obligado a concluir los trabajos del desmonte recurriendo a sus propios obreros<sup>30</sup>.

Entre tanto, la *Sociedad de Vecinos* continuaba gestionando la venta de agua en la fuente de la plaza de Isabel II, pero, como ya se apuntó en su momento, ni la cantidad de agua vendida ni los beneficios obtenidos se ajustaban a las previsiones, siempre optimistas, que barajaron los promotores en el momento de su creación. Y esto fue así porque los aguadores siguieron distribuyendo el agua de las fuentes cercanas entre muchos de sus antiguos clientes, que la preferían por haberla consumido desde siempre o porque la consideraban de mejor calidad. Además, estos mismos aguadores abarataron el coste de la carga hasta los dos reales que valía el agua de la Ballabona, lo que derivó en una feroz competencia que llevó a la *Sociedad* a bajar nuevamente el precio a un real. En definitiva, la recaudación quincenal que se obtenía de la comercialización del agua no alcanzaba en ocasiones ni la mitad de lo que se había previsto, lo cual impedía que la empresa pudiese afrontar la devolución efectiva de los capitales prestados y los intereses generados por éstos. Así las cosas, no sabemos si por decisión propia o forzados por una



7. Respiradero-lumbrera del Depósito del agua. Sobre la cubierta se conservan perfectamente seis de estas estructuras construidas en ladrillo (Foto del autor).

intervención municipal<sup>31</sup> la *Sociedad*, tras tres años de gestión, cede la competencia y las deudas acumuladas al Ayuntamiento de Cuevas.

Fue quizás la falta de liquidez de la *Sociedad de Vecinos*, unida a la ausencia de competencia del Municipio sobre el agua potable, lo que permitió que durante dos años las obras del depósito estuviesen totalmente paralizadas. Pero en el presupuesto municipal de 1885 nos encontramos con que, en la partida relativa a *Obras Públicas*, se destinan 50000 pesetas “*para las obras correspondientes al abastecimiento de aguas potables de este vecindario, cuyo servicio es de urgentísima necesidad por cuanto tiende a evitar el conflicto que pudiese sobrevenir a esta ciudad*”<sup>32</sup>. Puesto que en ese mismo año el Ayuntamiento confía a los hermanos Siret la elaboración de los planos y presupuestos del depósito, no sería arriesgado suponer que la cantidad apuntada sirviese para

<sup>29</sup> *El Minero de Almagrera*, núms. 1288-1289, 16 de diciembre de 1882.

<sup>30</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Op. cit.*, p. 277.

<sup>31</sup> *El Minero de Almagrera*, núm. 1288-89, 16 de diciembre de 1900.

<sup>32</sup> Archivo Municipal de Cuevas del Almanzora: *Libro de Cuentas 1875-1898*.

pagar los honorarios de los ingenieros y los gastos derivados del inicio de las obras. Así, una vez comprobados los trabajos de desmonte realizados dos años antes, Enrique Siret, que viene de Palazuelos donde dirige una sociedad minera, y su hermano Luis inician la supervisión de las tareas de cimentación del depósito en abril de 1885. La dirección de las obras recae sobre el maestro Tamayo<sup>33</sup> que, junto al menor de los Siret, serán los encargados de velar por la buena marcha de los trabajos hasta su conclusión a finales de 1887<sup>34</sup>. Si bien esta última fecha es aproximada, se puede decir con bastante seguridad que se acerca a la realidad histórica, ya que el presupuesto de 1887-1888 contempla un adicional en el que se incluía una partida íntegramente destinada a satisfacer los gastos derivados de la construcción del depósito<sup>35</sup>.

En cuanto a las características técnicas es necesario decir que la construcción se atuvo escrupulosamente al proyecto de los ingenieros belgas. Se obstinaron éstos en que para el levantamiento del depósito se empleara piedra de primera calidad que, a petición de Luis Siret, fue analizada en el laborato-

rio químico de Moldenhauer para determinar su dureza y contenido en sales que, de ser elevado, podría alterar la calidad de las aguas. Después de la difícil elección de la materia prima, se procedió a la construcción de los muros de un vaso cuyas dimensiones eran de 40 por 25 metros, con un altura desde el suelo hasta la bóveda que alcanzaba los seis metros y medio. Es decir, un contenedor con suficiente capacidad par albergar cuatro millones de litros de agua, o lo que es lo mismo, agua bastante para abastecer a la localidad durante un mes.

Se cerraba de esta forma un capítulo de la historia cuevana que se caracterizó por el intento colectivo de mejorar las condiciones de vida de una población que, hasta en el consumo de agua, sufría de una tremenda desigualdad. Aunque finalmente se logró hacer realidad el ansiado proyecto, no fueron pocos los escollos que debieron superar los promotores que, como en tantas otras ocasiones y con tantos otros asuntos, se enfrentaron a la mezquindad e irresponsabilidad dominantes de los enriquecidos mineros, más preocupados de la propia suntuosidad que de cualquier mejora social.



<sup>33</sup> José Tamayo fue el constructor cuevano más destacado de la época. Fue el director de las obras de la Iglesia de Turre (GRIMA CERVANTES, J. Y OTROS: *Turre. Historia, cultura y tradición*, Almería, 1996, págs. 326). Dirigió asimismo las obras del Casino-Teatro Echegaray, que se inauguraron también en 1887, así como muchas de las casas solariegas que adornan las calles de Cuevas.

<sup>34</sup> MOLINA SÁNCHEZ, Antonio: *Op. cit.* Establece esta fecha aproximada, pero no da a conocer la fuente de donde ha extraído el dato.

<sup>35</sup> Este presupuesto adicional se halla por desgracia perdido, sin embargo sabemos de su existencia porque en el presupuesto de 1885-1886 se anotó en su día una llamada haciendo referencia a este documento.